

Stephen Spender

NOTAS SOBRE EL CONGRESO INTERNACIONAL. VERANO DE 1938

New Writing, Londres, iv (otoño de 1937), pp. 245-251. Traducción de Luis-Mario Schneider y Melissa Boyd.

Desde el momento de nuestra llegada a España, los asuntos del Congreso quedaron eclipsados por las bellezas del país, el pueblo español y la guerra civil. El mismo Port-Bou producía una impresión extraña, un pueblo particularmente amistoso en el que la tercera parte de la población se dedicaba al entrenamiento militar en las montañas, otra tercera parte se bañaba y se tendía al sol en el puerto, mientras que el resto se sentaba en los cafés o merodeaba por ahí, impresionándonos con esas sensaciones propias de una guerra; los habitantes no parecían vivir en el pueblo sino que se movían en él como fantasmas. Eran espíritus obsesionados por sus ideas, que podrían fácilmente transferirse a cualquier otra situación de lucha armada; y la relación con sus hogares, o con su contorno material, significaba muy poca cosa. Yo había estado en Port-Bou tres o cuatro veces durante los meses anteriores, así que para mí todo esto no era novedad y, por lo mismo, pude observar a conciencia los efectos que producía en el ánimo de los delegados sudamericanos. Se nos mostraron los daños que había sufrido el pueblo a causa de los frustrados intentos del enemigo por destruir la estación.

Los sudamericanos estaban trastornados, y su alegría acostumbrada parecía esfumarse. Con cierta angustia, advertían detalles que podrían resultar curiosos dentro de lo trágico de los bombardeos: un único mueble que había quedado intacto en el rincón de un cuarto que fue cercenado como a cuchillo. También nos preocupaban otras cosas de España: el calor, y la lentitud exagerada en la preparación del almuerzo.

Después de una comida excelente, salimos en una caravana de autos por la bella y sinuosa carretera costera que lleva a Valencia. A la delegación inglesa le dieron un Rolls-Royce y un chófer cuyo único afán de conducir consistía en «demostrar su arrojo». Las ruedas chirriaban en las curvas, y nunca cambiaba de velocidad al subir las colinas. Para la guerra, uno de los defectos más graves del carácter español fue esta manera atolondrada de manipular la maquinaria. Durante los meses anteriores a los combates armados, las cunetas de la carretera Valencia-Madrid estaban repletas de autos destrozados. Aun en el momento del Congreso, en el curso de nuestros viajes, vimos una gran cantidad de autos averiados en las carreteras, y se conducía de una forma tan peligrosa que me sorprendía el que no hubieran muchos más.

Al llegar a Gerona mi amistad se había estrechado ya con la mayor parte de los delegados hispanoamericanos –de presencia magnífica, de piel bronceada, oradores muy emotivos en su mayoría–. André Malraux estaba un tanto desilusionado por los delegados mexicanos, sin embargo dijo que nuestros amables colegas de ojos de obsidiana y estatura imponente, impresionaban por su sentido de responsabilidad y por su manera directa –eran meros

profesores universitarios comparados con los elementos que México hubiera podido enviar como representantes—. Los poetas mexicanos deben de estar absolutamente locos: visten de vaqueros, llevan chaquetas de cuero y disparan revólveres con ambas manos a la menor provocación.

Llegamos a Barcelona a las ocho o a las nueve de la noche. Nos recibió el ministro de Propaganda, quien nos preguntó si queríamos pasar la noche en la ciudad condal. Sylvia Townsend Warner, que estaba muerta de cansancio, causó la hilaridad de los asistentes cuando, tomando la palabra en nombre de la delegación, dijo que por supuesto que estaban dispuestos a seguir el viaje, pero que por consideración a los camaradas mexicanos, «que han viajado durante diez días, debiéramos tal vez, pasar la noche aquí».

El gobierno catalán nos hospedó en el Majestic, el mejor hotel de Barcelona. A la mañana siguiente nos levantamos a las seis y esperamos durante dos o tres horas, como ya venía siendo costumbre, antes de partir a Valencia. Ya no íbamos en el Rolls-Royce porque ahora dependíamos de los catalanes, y había una nueva caravana de autos. Yo viajaba con Malraux y Aveline. Durante el Congreso, Malraux, de apariencia juvenil, ojos verdosos, cara pálida, rizos rebeldes sobre la frente, las manos en los bolsillos del traje de lana, el andar encorvado, y a veces cierto gesticular nervioso, tenía un aire de ser un chico maduro, si bien no del todo respetable. Para mí era y es un héroe. Pienso en él con emoción. Hablamos mucho durante el viaje a Valencia y creo que para Malraux la creación de su propia leyenda –sus actividades políticas, la «escuadrilla Malraux»– llenaba una necesidad espiritual que le era esencial. El escritor ha de construirse un centro, un ambiente: y a veces ocurre (ha ocurrido repetidamente con los escritores burgueses de esta generación y es en lo que radica el verdadero atractivo de muchos escritores políticos contemporáneos) que el escritor no cabe en su ambiente. Se siente impulsado entonces a descubrir otros medios, o si es intensamente individualista, a crear su propio ambiente primero, a inventar esos contornos, y luego a expresarlos literariamente, desde el centro de sí mismo. Ésa es la tarea de un T. E. Lawrence o de un André Malraux. Pues la esencia de André Malraux es la vida de acción: «Si me preguntan qué se debe hacer, yo respondo: es necesario actuar».

Recuerdo una conversación en que discutimos de política y de poesía, en la que Malraux enfatizó la influencia del medio ambiente sobre el vocabulario del poeta. Ponga usted a un escritor rodeado por elementos simples: la tierra, el buey, la mujer, la montaña, y toda la imaginería sugerida por todo ello aparecerá en su poesía. Para el poeta moderno que rechaza lo burgués y la ideología burguesa, existe un problema que no es sólo de estilo sino de voluntad. Ha de cambiar deliberadamente su marco ambiental.

Llegamos a Valencia el día 4, y nos condujeron inmediatamente a una sesión del Congreso; ahí conocimos a Ralph Bates, quien había sido elegido líder de la delegación inglesa durante nuestra estancia en España. La sesión tuvo lugar en la sala del consejo del Ayuntamiento, anteriormente bombardeada. Sólo esa ala del edificio permanecía en pie, y la escalera de mármol que daba a la sala de reunión había sido restaurada con cemento a la manera de empastes dentales. En la sesión se sentía un calor tremendo, acrecentado por las luces brillantes del cinematógrafo. Habló

Ralph Bates en castellano, dándonos la bienvenida. Tenía aspecto dinámico y accionaba mucho con el puño. Se había inspirado en un discurso que Del Vayo había pronunciado por la mañana y que nosotros no habíamos oído. Del Vayo estaba presente con su cara ancha, rubicunda, inteligente, amable y llena de destellos como siempre. Alexis Tolstoi habló en contra de Trotski. Tolstoi era un hombre robusto, astuto, con un deje inequívoco de prosperidad que no parecía pertenecer al nuevo orden. Sudaba abundantemente y quizás por eso guardo de él la imagen de un hombre vestido de franela con camisa de seda, pañuelo en la mano, jadeante y fatigado como al final de una competición de velocidad. José Bergamín pronunció un discurso paradójico, cuidadoso y sincero; como presidente del Congreso era la figura más popular. Con su cara delgada y de facciones regulares, siempre se le escuchaba porque parecía ajeno a todo, y siempre se le miraba porque su presencia era intangible.

Aquella noche se representó una obra de Lorca y me acosté, como siempre, muy tarde. La alarma aérea nos despertó a las cuatro de la mañana y el cielo pálido de la mañana se manchaba con el rojo de las granadas de metralla y se dejaba oír un ruido ahuecado y agradable como el estallar de los corchos. Frank Finsley, corresponsal de la agencia mundial de noticias *Reuter's*, quien me había hospedado en su cuarto del hotel Victoria, dijo que deberíamos vestirnos y bajar. Allí conocí a Fernsivorth, corresponsal de *The Times*, un tipo que no tenía miedo ni a las bombas ni a la metralla, y que me invitó a caminar con él hasta el hospital situado frente a la Embajada Británica, para ver si podíamos informarnos de la gravedad del ataque. Fuimos, pero no había noticia alguna; el único peligro que arrostramos fue el de las granadas de metralla de los antiaéreos, que caían constantemente sobre la ciudad.

A las diez nuestra caravana abandonó Valencia y partió hacia Madrid. Para entonces, la mayoría de los concurrentes estaban extenuados, me sentía exhausto, con una forma de fatiga diferente por completo al cansancio rutinario que uno siente a menudo en casa.

El agotamiento puede producir en mi opinión una hipersensibilidad y un grado de receptividad más aguda que la normal porque se minan las resistencias habituales. Por ejemplo, me molesta terriblemente tener que oír discursos, pero en España, en el Congreso, estando excesivamente cansado, he tenido la impresión de poder entender cada palabra dicha en los discursos más difíciles, ya fuera en francés, alemán, o español, cuando por lo general soy incapaz de concentrarme en una locución pronunciada en idioma extranjero, porque he establecido ya ese mecanismo de resistencia. Lo menciono porque cualquiera que haya estado en una guerra –o en una situación próxima a ella– se dará cuenta de lo importante que es el elemento fatiga en la psicología de guerra.

De camino a Madrid nos detuvimos a almorzar en una aldea –llamada Minglanilla– memorable para todos los delegados del Congreso. Era un día caluroso y deslumbrante, me veo caminando por una calle torcida y polvorosa, con niños encantadores y mujeres campesinas vestidas pintorescamente, que Alexis Tolstoi fotografiaba al lado de sus asnos. Bebimos limonada en una casa de huéspedes, mientras esperábamos que la comida estuviera lista. Después de dos horas –o cuando menos así nos pareció– de espera y de conversación, nos dijeron que el almuerzo

estaba servido y nos reunimos en el cuarto largo y bajo del primer piso de la fonda, en donde nos sentamos a la mesa y comimos tortilla de patatas y pedazos de pan blanco español, acompañado con lonchas de jamón serrano. Cuando estábamos comiendo nos interrumpieron las voces de los niños de la aldea que cantaban en coro al pie de las ventanas de la hostería. Primero entonaron La Internacional, después otras canciones de la República española. Nos pusimos de pie y les aplaudimos y les dimos las gracias. Cuando acabamos de comer bajamos por la escalera de piedra hasta la plaza, en donde los niños habían formado coros y bailaban. La danza consistía en correr de arriba para abajo y de un lado para el otro. No había hombres en la aldea –estaban todos en los campos o en los frentes– y las mujeres, de pie, miraban bailar a los niños y rompían a llorar de improviso. Cuando fuimos a la plaza para subir otra vez a los autos, las mujeres comenzaron a hablarnos de la guerra y nos dijeron que uno de nosotros debería decir unas palabras desde el balcón de la fonda para hacerles sentir que comprendíamos su destino. Uno de los mexicanos habló, con bastante acierto, y después una de las mujeres nos llevó a Pablo Neruda y a mí a conocer su casa, reluciente de limpieza, y nos mostró algunas fotografías de sus dos hijos, que estaban en el frente, y a pesar de nuestras sinceras protestas, insistió en obsequiarnos con la mitad de sus salchichas para que no tuviéramos hambre durante el viaje. A todos nos conmovieron más las pocas horas pasadas en Minglanilla que cualquier otro incidente de nuestra estancia en España.

Hubo una alegre velada después de la comida en el hotel Victoria de Madrid, en la que los españoles cantaron flamenco palmeando a contrarritmo. Cantaban las tonadas tradicionales con versos que los poetas modernos habían escrito con el tema de la guerra civil. Rafael Alberti cantó una balada que había compuesto sobre Franco. Un poco más tarde la algarabía creciente fue interrumpida por Alberti, un hombre recio, de aspecto leonino, vestido como un obrero, con el cabello fino y facciones esculturales, que subió de un salto a una silla y pidió a todos, con furia apasionada, que guardaran silencio. Había empezado un bombardeo. Frank Pitcairn, Rickword, René Blech y yo caminamos hasta la Puerta del Sol, ahí vimos arder los pisos superiores del Ministerio del Interior, incendiado por una bomba. René Blech se adelantó hacia el centro de la plaza, contempló las llamas en lo alto y se reunió con nosotros encogido de hombros y con una sola palabra: «Innoble»; después volvimos al hotel.

La impresión causada por el Madrid de aquellos días era sublime; la ciudad, grande, alta y fea; barrios enteros silenciosos o destruidos, pero por los que todavía fluía normalmente la corriente de la vida; Madrid, con su cielo azul de verano, des-garrado por el estruendo de las metrallas aéreas que llovían sobre las calles, mientras la gente se detenía a las puertas de las casas o se asomaba a las ventanas abiertas para mirar; Madrid, acribillado todo el día por la artillería rugiente de los frentes de la ciudad, y tristemente iluminado de noche por el rojo resplandor del fuego aún no extinto de las bombas incendiarias; y, por encima de todo, la ciudad defendida por un pueblo que ya había empezado a vivir la vida de propiedad comunal que hubiera sido su futuro si hubiera ganado la guerra. Dentro de este marco, el interminable fluir de nuestra oratoria continuaba, corriendo más bien infructuosamente.

Lo que se dijo en público fue de poco interés, además de que ya fue publicado en otro sitio. Por esa razón he pensado que valdría la pena sacar a la luz algunas de las cosas que se han callado y que fueron, de hecho, tentativas inútiles de discutir asuntos que el Congreso debió haber debatido. Allí estaba André Chamson, pálido y furioso con el Congreso porque habíamos permanecido más de tres horas en Madrid, y porque habiendo permanecido allí, los demás delegados no consideraban la demora, con los mismos ojos que él. *Le devoir d'un écrivain est d'être tourmenté* –y ninguno de nosotros estaba atormentado–. «Moi, moi, je suis responsable». Uno de nosotros pudo morir con los obuses de Franco y la *World Press* (Prensa Mundial) hubiera gritado que los rojos lo habían asesinado y Chamson, como secretario de la Asociación Francesa, hubiera cargado con la culpa. Cada mañana me dirigía a Chamson para preguntarle cómo estaba y él respondía: «Mal, mal, mal», y continuaba diciendo que el nivel intelectual de nuestro Congreso era espantosamente bajo, que éramos frívolos, irresponsables y que no teníamos sensibilidad. Cito esto sin mala intención, porque creo que en cierta forma tenía razón. Por caminos que yo desconozco, Chamson había llegado a una verdad que muy pocos en el Congreso –festejado, banquetado, recibido con entusiasmo, aclamado por mujeres conmovidas ante los uniformes de Ralph Bates o Ludwig Renn–, habían podido percibir: que la guerra es terrible, que la mente de Madrid, aun siendo sublime, como la de Shakespeare, era también terrible, como la de Shakespeare. Yo mismo había aprendido esto no en el Congreso, sino algunos meses antes, y con no pocas experiencias dolorosas. Aplaudo a Chamson.

Al leer los Romances de la guerra civil de los poetas españoles, se podría concluir que toda la poesía española a favor del gobierno había adoptado una actitud heroica y sin crítica hacia la guerra. Pero no era así. Yo mismo, puesto que no soy escritor épico, me sentí más bien aislado de la causa y de las personas que me eran caras, porque no pude compartir esa actitud acrítica. Cuando hablé con Alberti, Altolaguirre y Bergamín, encontré que ellos sentían lo mismo que yo sobre la propaganda heroica de la guerra. Alberti, un brillante, arrogante y apasionado individualista, se sentía también bastante aislado, según creo. Estaba en una posición peculiar como reconocido sucesor de Lorca, quien no tenía aún una gran influencia en otros poetas españoles contemporáneos.

El 13 de julio nos instalamos una vez más en el pequeño puerto de Cerbère, muy cansados después de un banquete en Barcelona y tras un terrible día de andanzas turísticas. Algunos habíamos cruzado la frontera antes que otros delegados, y yo me encontré al lado de Bergamín. Empezamos a hablar de la poesía de la guerra española, de Gide, de algunas tragedias personales ocasionadas por la guerra, de la familia de Bergamín, del asesinato de la mujer de Ramón Sender por los fascistas. Bergamín poseía una mente absolutamente paradójica que a veces sorprendía por su caprichosidad, un tanto semejante a la de E. M. Forster, pero también, como la de Forster, sorprendía más por su combinación de paradoja, profunda honradez y comprensión concreta de cada problema. Bergamín sabía lo que eran la tragedia y el horror de la guerra: conocía también las mentiras que la guerra produce y más aún, su mente parecía penetrar a través de estas obstrucciones hacia una posición en la que se sentía absolutamente seguro, y que le permitía

aceptar la tragedia y el horror; relacionaba las mentiras con las fuerzas que las vuelven inevitables; en una palabra, era el único miembro de nuestro Congreso que tenía derecho a reprender a Gide, porque no disentía de Gide, lo que era honrado (como muchos de sus detractores lo hicieron), porque él, Bergamín, tenía una mente de una honradez aún mayor, una mente que veía no sólo la verdad de los hechos aislados que Gide observó en la URSS, sino la verdad mucho más importante del efecto que el libro de Gide iba a tener.

Durante esta conversación, algo me incomodaba: el catolicismo de Bergamín. Finalmente me atreví a preguntarle: «¿Todavía es usted católico?». Levantó la mano, juntó el dedo índice con el pulgar formando un pequeño círculo, y dijo en su francés tenue y nasal: «Si me pregunta si creo en los artículos de fe, digo sí, sí, sí, acepto todo eso. Pero si me pregunta si creo que la Iglesia tiene el derecho de entrometerse en la vida política del pueblo y de representar los intereses de una sola clase, digo que no, de ninguna manera. De hecho, voy más allá. Afirmando que la Iglesia no debe tener ninguna influencia en los asuntos públicos. Más, digo que no debe haber ninguna ceremonia o demostración pública que pueda ser utilizada por la Iglesia como propaganda religiosa; no debe haber, y lo creo firmemente, sistemas de educación religiosa, porque su única finalidad debe ser la de hacer hombres y mujeres correctos miembros de la Iglesia. La religión es algo que sólo compete a la intimidad de la conciencia del individuo. Ahora estoy escribiendo un libro en que expongo mis ideas, y no me cabe duda de que será puesto en el Índice. Bueno. En ese caso, apelo, lleno de confianza, no a la autoridad del Papa, sino a una autoridad superior para ser perdonado el día del juicio. Haciendo esto, yo sostengo que estoy dentro de la gran tradición del catolicismo español. Lucho por la vida espiritual y por la libertad espiritual de la España Católica. Pero, desgraciadamente, la Iglesia ha usado su poder para apoyar los intereses de los propietarios, para fungir como representante del materialismo y para oponerse al desarrollo espiritual de nuestro pueblo».

Se ha dicho que una revolución que equivale al mismo tiempo a la Revolución Francesa y a la Revolución Rusa está ocurriendo en España. Pero hay aún otro cambio que está acaeciendo: el Protestantismo español y la Reforma española.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.